FLORECILLAS

DEL

BREVIARIO ROMANO

DEDICADAS AL ILMO. SR. DR.

DON FRANCISCO DE P. VEREA,

Dignísimo Obispo de Linares.

FLOR PRIMERA

SANTA INES VIRGEN Y MARTIR.

I

Ines a su amante.

¡Apártate veloz de mi camino,
Manjar de muerte! que amador más bello
Con margaritas circundó mi cuello
Y há tiempo en mis afectos te previno.

Con diadema de piedras y oro fino
Grato ciñó mi virginal cabello:
Marcó mi frente con eterno sello
A su amor enlazando mi destino.

Puso en mi dedo anillo relumbrante
Que fiel ostento; y túnica preciosa
De plata me donó, pura y brillante.

De amor por Él mi corazon rebosa:
¡Léjos de mí! De tan glorioso amante
La prometida soy y casta esposa.

II

Ines al Prefecto.

—

Buscas en balde en la Romana Corte
Al rico Esposo cuyo amor me llaga;
Que ni fasto imperial mi pecho halaga,
Ni me deslumbra terrenal consorte.

En vano ¡oh Juez! tu arrebatado porte
Con degradarme ante mi Bien me amaga;
Porque doquiera Su dulzor me embriaga,
Y es mi dueño doquier, mi escudo y norte.

Admiran Sol y Luna la hermosura
Del augusto Señor, en quien coloco
Mi esperanza, mi gloria, mi ventura.

A Cristo reverencio, á Cristo invoco:
Yo lo amo, y al amarlo soy más pura:
Me abraza, y limpia soy cuando lo toco.

III

Ines en el Lupanar.

—

Arrastran á la tórtola inocente
Al torpe lupanar; y entre la ruda
Romana soldadesca, va desnuda
Con ojos bajos y tranquila frente.

Mas nadie puede su mirada ardiente
En la vírgen cebar; porque la escuda
Del Angel tutelar la espada aguda,
Y á su esposa el Señor viste clemente.

Y desde el hombro hasta la breve planta
Baja veloz la densa cabellera,
Y cubre la beldad que á Roma encanta.

Y en vez de los deleites de Citera,
Halla el procaz que osado se adelanta
Sempiterno baldon y muerte fiera.

IV

Ines en la hoguera.

¡Omnipotente Padre á quien adoro!
Mi amor recibe y gratitud profunda:
Limpia salí de la mansion inmunda,
Cual sale del crisol más fino el oro.

Yo te bendigo ¡oh Cristo! Mi decoro
Salvaste de la turba furibunda;
Y en la llama voraz que me circunda,
Merced á tu poder, ilesa moro.

De mi veste nupcial bajo los pliegues
Late mi pecho; y, encendido el cirio,
Aguardo ansiosa que á mi puerta llegues.

De vírgen me donaste el almo lirio,
¡Esposo Celestial! ¡Oh! No me niegues
La suspirada palma del martirio.

FLOR SEGUNDA

SAN LORENZO MARTIR.

I

El Diacono y el Pontifice.

¡Oh santo Sacerdote! ¿A dó caminas
Sin tu Diácono fiel? El sacrificio
No sueles ofrecer sin mi servicio:
¿Por qué al morir ¡oh Padre! me abominas?

¿Hijo tuyo no soy? ¿De las divinas
Aras me aleja indignidad ó vicio?
A tu ministro prueba en el suplicio:
De Cristo ve si olvido las doctrinas.

—¡Hijo! No te abandono. A tí mayores
Combates guarda el Cielo soberano:
A tu viejo Pastor, ménos dolores.

Tú seguirás, triunfante del tirano,
De la tercer mañana á los albores,
Jóven Levita, al Sacerdote anciano.

II

El Martir y el Tirano.

De oro vestido y purpurina estofa,
Miéntras arde Lorenzo en la parrilla,
El tirano feroz desde alta silla
Canta á Vulcano sanguinaria estrofa.

De su verdugo el Diácono se mofa;
Y aunque bajo su pecho el fuego brilla,
La frente del Levita no se humilla
Y al vil perseguidor así apostrofa:

"Pónme en el plato ya, que bien asado
Está mi cuerpo: de tu trono baja,
Y cébate en manjar tan delicado.

"No espere tu codicia otra ventaja:
De la Iglesia el tesoro han colocado
Mendigos mil en la celeste Caja."

FLOR TERCERA

SANTA AGUEDA, VIRGEN Y MARTIR.

I

La Hechicera al Amante.

Conquistar á la vírgen es delirio
Que para esposa tu poder reserva;
Ni Griego filtro, ni Trinacria yerba
Domarla pueden, ni veneno Asirio.

No sé qué talisman ú oculto lirio
(Así lo llama) con afan conserva,
Que mis virtudes mágicas enerva:

No sé qué palma busca de *martirio*.
Fué vano de mis hijas el ejemplo;
Fué vana la mansion de largos meses
De la Diva Citéres en el Templo.

Si no quieres sufrir nuevos reveses,
Mejor es que la asustes (yo contemplo)
Del verdugo y lictor con los arneses.

II

La Virgen al Pretor.

—

Vanos serán tus filtros y pociones
Para la que ama á Dios, tierna doncella:
Contra una vírgen tu poder se estrella,
No temo tus tormentos ni prisiones.

Si me arrojas á tigres y leones,
Mansas las fieras seguirán mi huella:
No harán las llamas en su cuerpo mella
Si en hoguera voraz á Agueda pones.

Amante soy del cándido Cordero
Que entre azucenas de sin par blancura
Pace tan solo, en el celeste Otero.

Tu Céres odio y tu Ciprina impura;
Ni de tu Vesta mancillarme quiero,
¡Quinciano! con la mística impostura.

III

La Martir y el Apostol.

—

¿Quién eres tú, que el lacerado seno
Que verdugo feroz, dando al olvido
El materno alimento, me ha partido,
Vinistes á curar, de encantos lleno?

A carnal medicina siempre ajeno
Fué mi cándido cuerpo; y solo cuido
De no manchar mi virginal vestido
Del mundo vil con el impuro cieno.

—No temas. Soy el Príncipe, hija mia,
Del glorioso Apostólico Senado;
Tus llagas á sanar Cristo me envia.

¡Bendice á tu Señor! Bien has luchado.
La verde palma te dará otro dia
Que, atleta varonil, has conquistado.

IV

Erupcion del Etna.

La hora sonó. Del irritado Cielo
La burlada clemencia al fin acaba:
Voraz torrente de encendida lava
Sobre Catania vierte el Mongibelo.

La mísera Ciudad en hondo duelo
A Dios invoca, á su Patrona alaba,
Y, á guisa de pendon, piadosa clava
En el alto volcan de Agueda el velo.

A su contacto el Etna se estremece;
En lánguido suspiro el trueno muda,
Y su candente falda reverdece.

¡Oh Siciliana Vírgen! A tí acuda
El cuitado mortal. Seguro ofrece
Remedio al pecador tu santa ayuda.

EPIGRAMAS

GRIEGOS

XIII

Amor Coronado.

De Mariano Escolástico.

—

¿Dónde has dejado tu arco, buen Cupido?
¿Dó tus alas están? ¿Dónde las flechas
Que al corazon del hombre van derechas
Y la antorcha que á mil ha consumido?

¿Has olvidado tu carcax en Gnido?
¿Bajo nuevo disfraz por qué me acechas
Y tres coronas en la mano estrechas
Miéntras otra tu sien ha circüido?

—No soy hijo de Vénus, ni me llamo
Cupido. Soy Amor que al Cielo guia:
Las almas puras con mi fuego inflamo.

Cuatro virtudes á la frente mia
Tejen coronas. Hoy el áureo ramo
Ciño de la inmortal Sabiduría.

XIV

A Amor Dormido.

De Estatilio Flaco.

—

Duermes ¡oh niño! que al mortal despierto
Penas y angustias implacable infieres;
Duermes ¡funesta prole de Citéres!
Entre las flores del Idalio huerto.

Duermes, no hay duda: desarmado y yerto
Te miro y sin carcax; pero Amor eres.
Con tu punzante dardo ya no hieres,
Y hasta la antorcha que te falta advierto.

¡Otros se engañen viéndote dormido!
Mi vigilancia tu sopor no quita,
Rapaz soberbio de la infausta Gnido.

Maléfica vision quizá te agita
Y alguna trama, digna de Cupido,
Aun entre sueños tu ánimo medita.

XV

De Antipatro Sidonio.

—

Plátano seco soy ¡oh caminante!
Mira mi tronco deshojado y yerto
Por el follaje y pámpanos cubierto
Con que en redor me enlaza vid amante.

Mis propios ramos extendí arrogante;
Asombro fuí del monte y del desierto:
Ni aunque prestada y nueva, es hoy por cierto
Mi veste ménos rica y abundante.

Sírvate de modelo mi ventura;
Y al enlazarte con humana esposa,
Busca virtud y amor, más que hermosura.

¡Feliz si tu consorte cariñosa
Te abriga fiel en la vejez madura
Y presta sombra á tu funérea losa!

XVI

Imitacion

De Zona Sardiano.

—

Dejad, blondas abejas, la colmena:
Libad el néctar de exquisito aroma
Que entre las hojas del jazmin asoma,
Y la uva negra y la violeta llena.

Bebed de la amapola y la azucena
El dulce jugo, y la sabrosa goma
Que en redor nutre la cidonia poma,
Y el zumo que destila la verbena.

Tornad á vuestra plácida guarida
Y la cera labrad, para el servicio
Del santo Dios, que de vosotras cuida.

Arderá en su incruento sacrificio
Vuestra labor; pero alimento y vida
En recompensa os doblará propicio.

XVII

A una estatua de Dido.

—

La efigie ves de la infelice Dido,
De majestad radiante y de hermosura:
Bien representa el mármol mi figura;
Muy mal la historia mi ánimo ha fingido.

Ni á Eneas ví jamás, ni el fementido
Entró conmigo en la caverna oscura;
Ni me arrojó de Troya la captura
De Libia al litoral desconocido.

El himeneo y el odiado yugo
De Yárbas por huir, vibré con saña
La espada, y de mí propia fuí verdugo.

¡Oh Musas! ¿Contra mí de ira tamaña
Por qué al casto Virgilio armar os plugo
Que así mi nombre y mi pureza empaña?

La Nodriza.

De Filipo de Tesalónica.

Tres bellos hijos regalé á Fileno,
Amante madre, y adorada esposa;
Y en breve tiempo ¡oh Cielos! triple fosa
Cavé á los frutos de mi casto seno.

Brindé mi pecho, aún turgente y lleno,
De otras entrañas á la prole hermosa,
Esperando que el hado más dichosa
Ser me dejara con el niño ajeno.

¡Con cuánto afan lo alimenté! ¡Con cuánto
Cariño lo velé! ¡Vana esperanza
Que acrece solo mi fatal quebranto!

Mio lo llamo apénas, cuando lanza
La Muerte el dardo fúnebre; y mi llanto
A otra madre infeliz tambien alcanza.

Epitafio de un Pastor.

De Leonidas de Tarento.

¡Pastores que paceis en la colina
Blanco ganado de vellon vestido!
Un pequeño favor humilde os pido
Por la Tierra y la casta Proserpina.

Resuene, do mi cuerpo se reclina,
De los corderos vuestros el balido,
Y al desnudo peñon, zagal garrido
Venga á pulsar su fístula argentina.

Con las primeras flores mano hermosa
Bella guirnalda para mí entreteja
Y orne con ella mi funérea losa.

Regad con leche, al ordeñar la oveja,
Mi tumba, en fin: sin recompensa honrosa
Jamás un muerto los favores deja.

XX

Epitafio de un Naufrago.

Del mismo.

—

¡Ay! No te lances á la mar de Atlante,
Fiado en tu barco sólido y velero:
Destruye con un soplo el Noto fiero
La nave más robusta en un instante.

El que aquí yace, osado navegante,
Víctima fué del huracan de Enero,
Quedando sepultado el marinero
En las ondas del piélago espumante.

Mas en el patrio suelo ya disfruta
De alto sepulcro, y fúnebres honores
La parentela triste le tributa.

Templó, por fin, la suerte sus rigores,
Y su cadáver á la playa enjuta
Arrojaron los vientos bramadores.

XXI

El Papagayo.

Imitacion.

—

Las rejas de oro y la feliz clausura
Rompió á la par de jaula y de convento,
Loro hablador de sin igual talento,
Delicia y propiedad de vírgen pura.

Y del nativo bosque en la espesura,
Con fiel remedo del humano acento,
En derredor atrajo ciento y ciento
Papagayos de apuesta donosura.

En alto ramo de la selva umbría
Empezó á modular con aire grave
El saludo del Angel á María:

El verde coro repitió suave
Del maestro las notas á porfia,
Y hoy todos cantan de Gabriel el AVE.

ENVIANDO MI RETRATO

I

A UN POETA.

—

Esa que ostento, despejada frente,
Esa sonrisa y juvenil mirada,
Ocultan ¡ay! una alma acongojada
Y un corazon que el exterior desmiente.

La que en mi pecho brilla refulgente
Pequeña cruz, de piedras adornada,
Atorméntame más, y es más pesada
Que la que lleva al hombro el delincuente.

¿El anillo lucir veis en mi dedo?
Es manantial perenne de dolores
Que á quien no los sintió, decir no puedo.

De vuestra alegre Musa entre las flores
La triste efigie conservad, ALFREDO,
Del último y menor de los Pastores.

II

A un Religioso.

—

¡Dichoso tú, que en el claustral retiro
Ignoras del malvado la perfidia,
Y satisfecho gozas sin envidia
De la paz monacal por que suspiro!

Tu amigo en tanto, en incesante giro
Contra el hereje y el salvaje lidia;
Me cansa el mando, el brillo me fastidia,
Y el báculo á entregar tan solo aspiro.

Pues no permite Dios que frente á frente
En sabroso coloquio, cual antaño,
Mis cuitas y pesares hoy te cuente,

Mi triste imágen te dirá, Montaño,
Que la pena mayor que mi alma siente
Es ver al lobo en mi infeliz rebaño.

III

A un Sacerdote,

el décimo aniversario de su primera misa.

—

Diez años hace que por vez primera
Te condujo al altar mi amante mano
Do la reliquia santa, el fiel Romano
Del Angélico Luis grato venera.

A tí despues la suerte lisonjera
Te ha sonreído; á mí á país lejano
Me trajo Dios á predicar en vano
A gente que su nombre no tolera.

Mas el que nos unió fraterno nudo
En Inglaterra y en el suelo Ausonio,
Nuestra vária mision romper no pudo.

Y aunque abrazarte no me es dado, Antonio,
Mi nueva imágen llevará el saludo
Que de mi amor te mando en testimonio.

IV

A un Cortesano.

—

¿De mi gesto barbárico te asombras?
¿Te admira el ver mi montaraz ropaje,
Y sonriendo, á augusto personaje
E infausta fecha con malicia nombras?

El mismo soy que séricas alfombras
A tu lado pisé con rico traje;
La voluntad de Dios me hizo salvaje
Y hoy moro de la selva entre las sombras.

Del Señor todo puede el llamamiento:
En nómade convierte al cortesano
Y al párvulo de atleta da el aliento.

Si El te manda bajar del Vaticano,
Verás que un buen pastor puede contento
Vivir entre el hereje y el pagano.

V

A una Dama

al volver de Tierra Santa.

—

No te asuste esa barba de rabino
Ni me declares del Oriente azote;
Esa tostada faz y ese bigote
No son de musulman ni de beduino.

Reconoce al devoto peregrino,
Venera al misionero y sacerdote,
Que acaba de saltar del raudo bote
Que lo trajo del suelo palestino.

Del Tabor he subido á la eminencia;
He navegado á Mágdalo y Betsaida;
Llegué de Tierra Santa á los confines.

Mas siempre el mismo soy que aquí en Florencia,
Cuando eras niña te llevó, Adelaida,
De Bóboli á los mágicos jardines.

VI

A Persona desconocida.

¿El rostro contemplar del vate quieres
Que imitando á Teócrito y Virgilio
Cantó en romance el Siciliano Idilio
De Adónis en loor y de Citéres?

A gallardo mancebo ver no esperes
Que, acepto de las Musas al concilio,
De erótico laúd con el auxilio
Busca la admiracion y los placeres.

Mi efigie te dirá cuánto te engañas,
Pastor; mas no de Arcádico ganado,
Es ese Ipandro cuyo nombre extrañas.

De místico redil Jefe y Prelado,
Miéntras cuido mi grey en las montañas,
Canto muy poco, y con rabel prestado.

TRADUCCIONES

DE

ANACREONTE

Oda IX.

La Paloma.

I

—¿De dónde vienes, cándida paloma?
¿Qué númen ha vertido ese que exhalas
De tu albo pecho y matizadas alas,
Grato perfume de celeste aroma?

¿Quién eres? ¿á do vás? ¿qué rumbo toma
Tu vuelo? ¿Quién te manda, Jove ó Palas?
¿A qué cabañas ó doradas salas
Llevas la carta que en tu pico asoma?

—Es de amores no más la mision mia:
Hoy á la más gentil de las mujeres
Anacreonte rápida me envía.

Y si mi historia y dueño saber quieres,
En premio de una dulce poesía
Al vate insigne me donó Citéres.

II

Por servir á mi dueño me desvelo
Y suyo es el que ves, tierno billete:
La libertad en breve me promete;
Mas yo sin él la libertad no anhelo.

¿Es posible que al monte tienda el vuelo
Y á las silvestres frutas me sujete,
Cuando de Anacreonte en el retrete
Vivo dichosa, sin afan ni duelo?

El con su mano el pan me despedaza,
Y cuando apura el néctar delicioso
Hace que beba yo en su propia taza.

Con mis alas arrullo al cariñoso
Vate, en redor volando; y si me caza
El sueño, ahí en su lira me reposo.

ODA XII.

—

A una Golondrina.

¿Qué quieres, vocinglera golondrina,
Qué quieres que severo haga contigo?
Tú propia elige el ejemplar castigo
Que merece tu charla matutina.

¿Perder las raudas alas más te inclina,
Que del halcon te ponen al abrigo?
O cual Teréo, de tu pico amigo
La lengua arrancaré, que tanto trina?

Tranquilo reposaba hácia la aurora
Y á mi lado miraba en grato ensueño
Al hijo que perdido mi alma llora.

Llegaste á mi ventana; y con empeño
Empezando á trinar, tu voz canora
Me arrebató á la par Batilo y sueño.

Oda LIII.

—

Los Amantes.

Hierro candente, del corcel veloce
El anca pingüe doloroso sella,
Y lo distingue la indeleble huella,
Aunque entre muchos el bridon retoce.

De nada sirve que la faz emboce
El lidiador; por la tiara bella
Que en su cabeza fúlgida descuella
El guerrero de Partia se conoce.

Así, á primera vista, en el semblante
Descubro yo á la niña enamorada
Y el secreto adivino del amante.

La que en el corazon llevan grabada
Marca sutil de llama fulgurante,
Al encendido rostro se traslada.

Oda LIV.

—

Canas mis cejas; blanco mi cabello;
Mi barba se tornó color de nieve:
Mi dentadura lánguida se mueve
De la vejez mostrando el triste sello.

Pasó fugaz el tiempo dulce y bello
De la florida juventud; y en breve
La adusta Muerte sin remedio debe
Con pesada segur tronchar mi cuello.

Lloro al mirarme del sepulcro encima.
¿Cómo quereis que viendo la apacible
Vida escaparse, de pavor no gima?

¡Hórrido abismo, Tártaro terrible!
¡Cuán fácil es bajar hasta tu sima!
Pero el subir de nuevo, es imposible.

Oda LX.

—

A Diana.

¡Diosa gentil, de ciervos cazadora,
Blonda prole de Jove, alma Diana,
De las fieras agrestes soberana,
Y de los bosques única señora!

Oye mi voz que tu favor implora,
Y vén benigna á la region lejana
Do el Letéo veloz, con furia insana,
Hace girar su linfa bramadora.

A recibir el férvido homenaje
De esta ciudad, henchida de valientes,
Tu excelso númen del Olimpo baje.

Yo te ruego que aquí tu trono asientes:
No son un pueblo rudo ni salvaje
Los que hoy inclinan á tus piés sus frentes.

Oda LXIII.

—

A una Yegua.

¡Yegua de Tracia, honor de la pradera!
Si llego á tí con palpitante seno,
¿Por qué relinchas tú con voz de trueno
Y mirándome torva, huyes ligera?

¿Te parezco poltron? Sabe, altanera,
Que te pondrá mi mano rienda y freno,
Y sobre tí lanzándome sereno,
Te haré girar en rápida carrera.

Pace libre por hoy: alegre salta
Sobre la yerba, en tu feraz retrete,
Que con mil flores primavera esmalta.

No tardará en llegar hábil ginete
A domeñarte. Goza miéntras falta
Quien á la silla y carro te sujete.

RECUERDOS Y MEDITACIONES

DE UN PEREGRINO

En el Castillo de Miramar

EN OCTUBRE DE 1876.

I

Miramar en 1876.

—

Sepulcro de doradas ilusiones,
Terror de las modernas monarquías,
Ostentas hoy, cual en mejores dias,
Tus muros y almenados torreones.

Corona azteca vanidoso pones
En pórticos y vastas galerías,
Y de México al Aguila confias
Tu régia alcoba y mágicos salones.

¿Mas dó el Príncipe está, que sér y fama
Te diera, y nombre de fatal dulzura?
¿Dó la que fué tu luz, augusta Dama?

Encubre á aquel sangrienta sepultura,
Y á la infeliz Princesa, en lenta llama
Quemando va terrífica locura.

II

El Archiduque.

—

Aquí lo conocí. Con palpitante
Seno, en este magnífico recinto
Al Vástago imperial de Cárlos Quinto
Por la primera vez llegué delante.

Brillaban en su traje de almirante
Sobre el pecho el Toison, la espada al cinto.
¡Qué majestad! De mármol de Corinto
Parecia su pálido semblante.

Entre sus guardias de elevada talla,
Y áulicos gigantescos, el Hapsburgo,
Cual Ayax ó Saúl, sobresalia.

A Aquíles igualar en la batalla;
En el consejo á Mínos y á Licurgo;
A Néstor en el trono prometia.

III

Tres años despues.

—

¡Ay! Yo lo ví despues. ¡Cuán diferente
Del Príncipe magnánimo y hermoso
Que respiraba *aquí*, libre y dichoso,
Del Adriático Mar el fresco ambiente!

Los ojos sin fulgor, yerta la frente,
Atravesado el pecho generoso,
No por hostil acero victorioso,
Mas por el plomo de comprada gente.

Así el Hapsburgo exánime yacia,
Hecha pedazos la valiente mano
Que áun al morir favores repartia.

En torno al ataúd, vulgo profano
Y soldadesca ruda escarnecia
Al muerto Emperador Maximiliano.

IV

La Princesa.

—

Esta es la régia alcoba: ahí la mesa
Miro de mármol y de entalle añejo,
Do reclinada con gentil despejo
Aguardaba la bella Archiduquesa.

Yo desde aquí la contemplaba, presa
Mi alma de admiracion; aquel espejo
Retrataba con vívido reflejo
El manto y la diadema, obra francesa.

¡Ah! ¿Cómo no admirarla? Encantadora
Estaba la deidad resplandeciente
Que íbamos á aclamar Reina y Señora.

¿Del tiempo quién así la marcha siente?
Fugaz momento fué la feliz hora
Que de la augusta Dama estuve enfrente.

V

El Juramento.

—

¿Es sueño? ¡Aquí otra vez! Nada ha cambiado;
Tapices, cuadros, techo, pavimento,
Todo lo reconozco: el regio asiento,
El sérico dosel y rico estrado.

Aquí el Abad, ahí El, Ella á su lado,
Enfrente estaba yo (¡grato momento!)
Cuando el sacro espontáneo juramento
Prestó sobre el Volúmen Inspirado.

¡Cuánto augurio de paz! ¡Cuánta esperanza
Al oirlo exclamar: *Por Dios yo juro*
De México labrar la bienandanza!

¡Patria feliz! (pensé). Jamás perjuro
Un Hapsburgo será. Mas, ¿quién alcanza
A descifrar el porvenir oscuro?

1020005984

VI

El Oratorio.

—

¡Señor! Tus juicios reverente adoro,
Y en la desierta, lúgubre capilla
Del solitario Alcázar, la rodilla
Doblando humilde, por mis Reyes óro.

¡Cuán otra en aquel dia! Del sonoro
Organo, de la Europa maravilla,
Aun oigo el eco, y á mis ojos brilla
La cera ardiendo en los blandones de oro.

¡Con qué fervor el Ambrosiano canto
Entonábamos todos! ¡Con qué fuego
Dimos gracias á Dios por favor tanto!

Resto de aquella Corte, sólo llego,
Y á fúnebre salmodia mezclo el llanto
Con que su trono ensangrentado riego.

VII

El 19 de Junio de 1867.

—

¡Desventurada raza mexicana!
Mandar no sabe, obedecer no quiere:
Al que aclamaba rey, voluble hiere;
Al que hoy ensalza, abatirá mañana.

¡Victoriosa faccion republicana,
No goces, no! Maximiliano muere,
Mas en tu seno sobra quien impere
Con despótica vara y ley tirana.

Despues del que hora sacudir te plugo
Con infanda traicion, otro más grave
Romperá tu cerviz, sangriento yugo;

Y nunca satisfecha, harás que clave
Siempre nuevos puñales el verdugo,
Y roja tumba á tus señores cave.

VIII

El Pañuelo.

—

¡Qué recuerdos excitan en mi mente
Sus prendas y su hogar! ¿Qué miro, oh cielo?
Su cifra . . . . la corona . . . . es el pañuelo
Con que ántes de morir limpió su frente.

¿Cuál héroe, qué filósofo no siente
Un instante de amargo desconsuelo,
Cuando con mano de pesado hielo
Toca su faz la Parca de repente?

Del cadalso al pisar la primer grada,
El rostro se enjugó, y al Crucifijo
Lanzó, lleno de fé, tierna mirada;

Y el lienzo dando al sacerdote, dijo:
Llegue esta prenda á tí, ¡madre adorada!
Con el postrero trasudor de tu hijo.

IX

¿Fue traicion?

—

De una felicidad siempre ilusoria
Buscaba en vano México la senda;
Yerro tras yerro, culpas sin enmienda,
Guerra y guerra no más: tal fué su historia.

¡A cuántos elevó desde la escoria
El torbellino de civil contienda,
Que del gobierno al empuñar la rienda
Sin provecho cayeron y sin gloria!

Campo, Comercio, Foro, Artes, Milicia,
Sangre plebeya, noble, azteca, hispana,
En el poder mostraron su impericia.

¿Y habrá de ser traidor, quien á lejana
Region, pide Equidad en la Justicia
Para la triste patria mexicana?

X

¿Fue locura?

—

De conocida fruta la figura
Observo aquí doquier. Mas escudriña
Mi vista, y hallo más la Indica Piña
En cuadros, en relieve, en escultura.

Mas no concedió al Príncipe Natura
Verla fructificar en la campiña
Dó el olivar y la fecunda viña
Hace crecer constante Agricultura.

La planta, fruta ó flor, que bajo el cielo
Del trópico nació, pompa y fragancia
Hallar no puede entre el austriaco hielo.

¿Y no se llamará candor de infancia
El trasplantar al mexicano suelo
Un Príncipe aleman y usos de Francia?

XI

"Non ti fidare."

—

¡Oh Príncipe! ¿dó vas? ¿Qué espesa bruma
Engañadora tiende ante tus ojos
Adverso Númen? Cesen tus arrojos,
Y torna ántes que el rayo te consuma.

¡Oh, vuelve á Miramar! De Moctezuma
El solio, que te ofrecen los antojos
Del pérfido Frances, trono es de abrojos,
Cáliz que guarda hiel bajo la espuma.

Odia á tu noble Casa Bonaparte.
Aunque cetro te dona, desconfia:
Témelo, áun hoy que proteccion te imparte.

¡Ay del troyano que en los griegos fia!
Escondida hallará con púnico arte
Bajo el manto real, la soga impía.

XII

Carlota en Veracruz.

—

No es esta playa de abrasada arena
La que en mis sueños vi, tierra encantada;
Ni encuentro en esta atmósfera pesada
La brisa que esperé, de aromas llena.

Cual doble funeral, lánguida suena
Solitaria campana. El gozo nada
Manifiesta en la calle despoblada. . . .
¡No reveleis, oh lágrimas, mi pena!

¿Dó las turbas están al trono fieles?
¿Dó las aclamaciones y el rüido,
Los arcos de triunfo y los laureles?

¡Ay! ¿Por qué abandoné mi patrio nido?
¡Ambicion de reinar! ¿á dó me impeles?
¡Usurpador Frances! ¿dó me has traído?

XIII

Morir como Cristianos.

—

"¡Aun es tiempo, Señor! El férreo muro
Que lentamente en derredor avanza,
Romper podrán mi brazo y vuestra lanza,
Y al campo libre saltaréis seguro.

"La venta horrible del traidor perjuro
Quizá deshaga aún nuestra pujanza:
La desesperacion es la esperanza
Unica que nos queda en tanto apuro.

"¡Ay si caemos vivos en sus manos!
Se acerca su veloz caballería . . . .
¡Ea, Señor, morir como Romanos!"

Un anciano guerrero así decia,
Y: *No, mejor morir como Cristianos*,
Replicando el Hapsburgo, se rendia.

XIV

Apologia.

—

Borró con el martirio el gran Cipriano
Sus cartas al Pastor de los Pastores;
Del santo Hermenegildo los ardores
Y rebelion, en sangre ahogó el arriano;

De María de Escocia, el inhumano
Patíbulo, lavó yerros y amores;
Y con sangriento velo sus errores
Cubrió el Emperador Maximiliano.

Y si á la Estuardo lloro, ¿quién lo extraña?
¿Quién, si mi incienso en los altares arde
Al mártir de Cartago ó al de España?

¡Dejad que de ensalzar haga hoy alarde
Al regio Mártir! Ya nada lo empaña:
¿Quién su memoria insultará cobarde?

A VARIOS

DEDICANDOLES LA VERSION METRICA DE DIVERSOS IDILIOS DE TEOCRITO.

A un Poeta.

—

"Tirsis ó la Cancion de Dáfnis."

Dulce de Dáfnis el divino llanto,
Dulce de Tírsis la gentil avena;
Dulce tu voz en mis oídos suena,
¡Vate querido, de mi patria encanto!

Sabes que lenitivo á mi quebranto
Pido á la Musa: la floresta amena,
O bien la playa de la mar serena
El són escucha de mi triste canto.

Pero ya pulse caramillo griego,
Ya mi tosco rabel gimiendo taña,
Me faltan ¡ay! tu númen y tu fuego.

El primer eco de mi agreste caña
Te consagra mi amor. Borra, te ruego,
Cuanto su lustre original empaña.

A Otro.

—

"Los Segadores."

¡Cantor de Leila, y de aves y de flores,
Cuya inspirada voz más suave trina
Que el eco de la tierna golondrina,
Mensajera que fué de tus amores!

Los himnos de los mismos *segadores*
Que interpretó tu fístula argentina,
Al modular mi Musa, á tí se inclina
Indulgencia pidiendo y no loores.

Temblé, pulsando la sonora caña
Que de tu labio el perfumado aliento
Más dulce que la miel, sabroso baña:

Me fué preciso repetir tu acento,
Y temo que de Pan la justa saña
Me condene á terrífico escarmiento.

A una Dama.

—

"El Vaquerillo."

No solo una castísima Susana
Recuerda altiva la nacion hebrea,
Ni solo destrozó de Amor la tea
La que nombre te dió, vírgen romana.

En Sicilia tambien ninfa pagana
El cinto desgarró de Citerea:
Tu probada amistad la égloga lea
Que vierto para tí, ¡viuda cristiana!

Es una flor de fraternal cariño,
Que quisiera añadir á la corona
Que en tu frente he admirado desde niño.

Ya vírgen, ya viuda, ya matrona,
Dura cual roca, pura como armiño,
La trompa de la fama te pregona.

A Otra.

—

"La Rueca."

¡Mujer insigne, varonil matrona,
Luz de tu pueblo, de tu hogar delicias,
Como la esposa del Milesio Nícias
Cuya virtud Teócrito pregona!

Tú, que ya el arco vibras de amazona,
Y ya la rueca plácida acaricias,
¡Oh Carolina! dáme las albricias:
Hoy nueva *Rueca* mi amistad te dona.

No es de marfil, ni delicado torno
La pulió girador en Siracusa
Del rojo Mongibelo junto al horno.

Es rica perla de la griega Musa,
Que de tu casta frente para adorno
Traslado al Tamesí desde Aretusa.

A un Cura Parroco.

—

"Los Gemelos."

La historia de dos fuertes adalides
Que el Bucólico Príncipe sublima,
Y yo describo en castellana rima,
Te mando al par que el himno que me pides.

Y que ántes que llegáramos, no olvides,
Del sacerdocio á la anhelada cima,
Nos deleitaban, la variada esgrima
Y del atleta las robustas lides.

Recuerda, amigo, los Britanos juegos,
En que de mí alcanzabas la victoria
Con risa de estudiantes y labriegos.

De nuestra adolescencia la memoria
Aviven los que canto, idilios griegos,
Por pasatiempo, y no por sed de gloria.

A Otro.

—

"*Los Pescadores.*"

Mira á dos *pescadores* ¡buen Darío!
Que en despoblar el piélago se empeñan,
Y en medio á su pobreza, en vano sueñan
Con peces de oro en su falaz navío.

Tal fué tu suerte y el destino mio:
Los versos que te mando á ambos enseñan,
Que si dorados peces nos desdeñan,
No hay que perder en nuestra pesca el brío.

No al avaro Epulon; á quien aflige
Mendicidad, las puertas de los cielos
Abre el Señor que el universo rige.

A la Gloria entrarán los pequeñuelos.
¡Oh de almas cazador! A ellos dirige
Tus redes, y tu caña, y tus anzuelos.

A un Amigo.

—

"*Epitalamio de Helena.*"

¿Qué sierra ó valle bélico te esconde,
O en qué palacio cortesano brillas?
¿Sirves al tierno Rey de las Castillas,
O en ocio blando duermes, oh Vizconde?

Sea que mores en tu España, ó donde
Yo te dejé, del Sena en las orillas,
Prenda serán mis églogas sencillas
De que mi amor al tuyo corresponde.

Si entre el que á Europa cubre, hórrido caos,
Los que te mando, cánticos nupciales
Pueden llevar americanas naos,

Sabrás que ante mis ojos, á inmortales
Helenas, y á gloriosos Menelaos
Mi buen Narciso y Cármen son iguales.

A un Gobernante en 1874.

—

"Panegírico de Tolomeo."

De Cárlos sigues las amadas huellas,
De tí modelo, de mi casa orígen:
Cuántos la nave del Estado rigen,
Surgen y pasan, miéntras tú descuellas.

Cesan, por tí, del pobre las querellas;
Nunca, por tí, las guerras nos afligen:
Tú haces que el órden y la paz cobijen
Con rico manto tus comarcas bellas.

Por tí las minas brotan abundantes;
Los campos aran infinitos bueyes:
Tus villas pueblan ricos traficantes.

Un modelo te doy de antiguos reyes:
Síguelo, y el mejor de gobernantes
A despecho serás de inícuas leyes.

A mi Hermana Sor*** desterrada en 1874.

—

"Amarílis."

¡Triste Amarílis! Fiel á tu bandera
Abandonaste el suelo mexicano,
Huyendo de las garras del tirano
Que asolador en nuestra patria impera.

Si no me permitió la suerte fiera
Estrechar al partir tu dulce mano,
¿Del que te llora ausente, vate hermano,
Acogerá la voz tierra extranjera?

Con el laúd del griego Simiquida
De otra *Amarílis* canto los desdenes
Que á su amador odiaba empedernida.

Así del mundo los caducos bienes
Desdeñas tú; y á tu Señor unida
La fe jurada férvida mantienes.

A tres Hermanas.

—

"*Las Siracusanas.*"

¡Arminda bella, Fílis elocuente,
Piadosa Nice; vírgenes galanas
Que entre las flores respirais ufanas
Del Marañon el perfumado ambiente!

La ofrenda recibid de amigo ausente,
Y de mi libro en las doradas llanas,
Permitidme que á dos *Siracusanas*
De Egipto moradoras, os presente.

Las calles recorred de Alejandría:
Ved á una reina, de virtud ejemplo,
Munífica y hermosa, grande y pía.

Grandes así y hermosas os contemplo,
Cuando á despecho de la turba impía
Con ricos dones decorais el templo.

A un Medico.

—

No trueques la simbólica serpiente
Que hora en tu mano con placer sujetas,
Por el arco de amor y las saetas
Con que te brinda Erato complaciente.

Corre el estadio de la ciencia, ardiente,
Hasta llegar á sus lejanas metas;
Y entónces el laurel de los poetas
Circunde verde tu gloriosa frente.

Extingue el fuego que tenaz te inflama,
Resuene poco tu colgada lira,
Olvida, amigo, á tu hechicera dama:

Cuando llegares do tu pecho aspira,
Desfoga entónces tu amorosa llama
Y fiel celebra á tu adorada Elvira.

AL MISMO,

Dedicándole veinte años despues El Cíclope *que dedicó Teócrito al Médico-Poeta Nícias.*

Es tiempo ya que tu cansada frente
Coronen los laureles del Parnaso,
Y alegre llenes tu dorado vaso
De Aganipe dulcísima en la fuente.

Sin dejar de Esculapio la serpiente
Sigue, por fin, con atrevido paso
Las huellas de Maron y Garcilaso
Pulsando la zampoña juntamente.

El sabio Nícias tu modelo sea
A quien mandó Teócrito su amigo
La que te doy, cancion de Galatea.

Feliz seré, si al repetir contigo
El Idilio que en griego me recrea,
Que te deleite en español consigo.

SAGRADOS

HISTORICOS Y MITOLOGICOS